

Montezuma los reciuió muy bien y hizo aposentar con mucha cortesía: el rey mandó llamar á *Tlacaelel* y díxole lo que pasaba y cómo aquellos tres hermanos venian con aquella demanda. *Tlacaelel* le dixo: poderoso señor: bien creo yo aquellos, temiendo el daño quesperan, vienen á buscar remedio, pero no nuestro prouecho; por que el guiarnos ellos será alguna celada ó emboscada, ó entre algunas quebradas donde nos despeñemos y de donde no podamos salir, quanto y mas que si acaso lo que prometen fuese así, dirian despues que ellos mesmos se hicieron la guerra, no dándonos ninguna gloria dello: lo mejor será, señor, que si esos caualleros se quieren estar se estén y si se quisieren ir se vayan y que sigamos nuestra ventura, pues la tenemos cierta, y que mostremos ser hombres por nuestras personas y no por auiso de nadie ni ayuda de terceros.

Al rey le pareció bien y mandó siruiesen á aquellos caualleros y que los regalasen y diesen lo que viesen menester muy cumplidamente y que se les hiciese todo el buen tratamiento que ser pudiese y que no los dexasen salir á la batalla que aquel dia se auia de dar; y luego adereçados todos los mexicanos salieron muy en órden al lugar señalado, á donde *Tlacaelel* les hizo una plática exortatoria y animosa, exortándolos á morir ó á vencer y á que no menospreciasen sus vidas y que procurasen guardar su carne de los golpes de sus enemigos y que procurasen señalar sus personas en matar y prender, no los que iban uyendo, que esos ya iban vencidos, si no los que se mostraban mas valientes y hacian mas defensa; y con esto, ya los chalcas estauan en su puesto, y como no vieron á los hijos del rey, que segun su quenta auian de venir en delantera, entendieron los auian entendido, y arremetiendo los mexicanos á ellos, *Tlacaelel* llegó al general de los chalcas, questaua en delantera, y amagándole que le queria herir, arremetió á él y echóle mano abraçándose con él y luego llegaron de una parte y otra para querer defender á sus capitanes, de suerte que con la llegada de muchos mexicanos y señores le prendieron y le llevaron preso ante el rey, y todos los señores con gran ánimo prendió cada uno el suyo, y dexando los presos en poder de los de la retaguarda, pasaron á herir á todos los demas, y fué tanto el ímpitu, que

les empezaron á hacer perder el campo y lleuallos á mas andar hácia una quebrada á que ellos se iban retrayendo que se llama Cuauh-texcac, questá destotra parte de la sierra neuada.

Los mexicanos, temiendo la encenada¹, por no tener lumbr² de aquel camino, les cogieron el lado y les hicieron ir hácia el camino real y subir por aquella sierra arriba, ques el puerto de entre el bolcán y la sierra neuada, matando y hiriendo á quantos podian alcançar, de suerte que la gente de viejos y viejas y de niños y niñas, mugeres de todo Amequemecan, questauan ya subidos en lo alto para ver el suceso, como vieron á su ciudad entrada y robada de los mexicanos y que subian tras ellos sin perdonar hombre á vida, dieron la huida ácia Vexotzínco á donde fueron apostados los chalcas. Viendo *Tlacaelel* la priesa que la gente lleuaua de mugeres y niños, viejos y viejas para entrarse en Vexotzínco, mandó á uno de sus capitanes que luego les atajase el paso y que á ninguno hiciesen mal, sino que los asosegasen, que no huyesen ni se metiesen en tierra estraña, quel mandaua cesar la guerra, que se voluiesen, que no queria mas vengança de la que auia hecho. El capitan, llamado *Tlacatecatl*, fué con su escuadron á toda furia, y tomando la delantera á la gente que se iba á Vexotzínco, los detuvo y dixo de parte de *Tlacaelel* que no temiesen y que voluiesen á su ciudad y que no la despoblasen, que les daua su fé y palabra de no les hacer mas mal. Los chalcas se voluieron, los quales llegaron ante *Tlacaelel* postrados por tierra, rindieron todas las armas y dixerón: mexicanos, nosotros emos hecho todo nuestro poder para defendernos y no emos podido mas: ya que estamos en vuestro poder, lo que tenemos con que os seruir es con madera para vuestros edificios, con piedra, con tierra, con canoas labradas, con terrazgueros y peones para vuestras obras, con gente valerosa y esforçada para vuestras guerras, con bastimento para ellas y no con otra cosa. Los mexicanos, apiadados de las lágrimas y llantos de las mugeres y niños, los reciuieron á misericórdia y con mucha benignidad los trataron y reciuieron.

En otra relacion hallé, la qual tambien refiere esto que de presen-

1 Parece que debe decir: una celada ó emboscada.

2 ó conócimiento.

te, la que tengo por verdadera, aunque debaxo de duda, en quanto á que aquesta guerra entre los mexicanos y chalcas turó trece años y queste día los chalcas dixeron: trece años a, mexicanos, que hacemos todo nuestro poder para no venir á vuestra servidumbre; pero, pues os es concedida la vitoria, goçá della que aquí os seruiremos en todo lo que mandáredes; y que luego fueron al rey *Montecuma* y á todos los principales y les ofrecieron muy hermosas doncellas para que se siruiesen dellas. En este lugar, antes que los mexicanos alçasen el real, mandó el rey que á todos los que auian hecho en esta guerra su deuer, que para señalalos por hombres de valor, que les agujerasen las narices¹ y que entrasen en México todos con unas plúmas y joyas de oro colgadas de las narices, á manera de bigotes, pasadas de una parte á otra por dentro de la ternilla, y así fué². Tambien *Tlacaetel* mandó venir á todos los valerosos chalcas que en esta guerra auian hecho marauillas y dado muestras de valerosos, que á todos les hicieron la misma señal, diciéndoles: hermanos; hasta agora no emos peleado con gente que tan bien se aya igualado con nosotros, como soys vosotros; por tanto, es justo, pues somos iguales en valor, lo seais en honra; y así les horadaron las narices y les pusieron aquellas insignias de valerosos. Luego mandó *Montecuma* que se repartiesen las tierras y se repartieron dando á la corona Real su parte y luego á *Tlacaetel* y luego á cada uno de los principales, lo que cada uno merecia sin hacer agrauio á nadie, dando á cada uno lo que le pertenecia, á dos y á tres suertes, conforme á su dignidad y hechos. Repartidas, se voluieron á México, quedando muy amigos y confederados los mexicanos con los chalcas, y los chalcas con los mexicanos.

¹ La ternilla de la nariz. Practicábase esta operacion dolorosa con el objeto de colocar en el horado una divisa, que constituia una singular distincion en la milicia. El P. Sahagun la menciona en el capítulo que trata—*De los aderezos que usaban los señores en la guerra.*—“Llevaban (dice) una media luna de pluma amarilla con unas llamas de oro, colgada en las narices, etc.”

² Esto es: “y así se ejecutó.”

CAPÍTULO XVIII.

De cómo los de Tepeaca mouieron guerra contra los mexicanos y de cómo fueron vencidos y muy maltratados y traídos presos á México para sacrificar, y de las osequias que se hicieron á honra de los muertos que en la guerra de Chalco murieron.

Llegados los mexicanos á la ciudad de México fueron de toda la ciudad muy bien receuidos con muchos regocijos y fiestas de los sacerdotes que salieron con sus braseros en las manos ó ençençarios y ençençándolos, y diciéndoles muchas palabras de loor y cantares de alabança, los festejaron y lleuaron al templo donde ofrecieron grandes ofrendas de los despojos y de las cosas que de la guerra traian, juntamente ofreciéndoles de aquellos hombres que traian presos de la guerra, para que despues fuesen víctimas de los sacrificios de las fiestas; y estando ya quietos y sosegados y auiedo descansado del trauajo pasado, mandó el rey se ordenasen las honras y osequias de todos los que en la guerra auian muerto, diciendo: mexicanos: nuestros hermanos, todos los que murieron en la guerra de Chalco, bien saueis que no murieron ofendiendo á nuestro dios, hurtando ni fornicando, ni mintiendo, ni levantando falso testimonio, sino peleando como hombres varoniles derramando su sangre á honra y gloria de la patria y de la república mexicana: por tanto, luego será justo les hagamos las osequias y honra que tan valerosos varones merecen; y mandó que todos los viejos cantores que tenian oficio de lamentar semejantes muertes, que compusiesen cantares¹ apropiados para el efeto, los quales luego compusieron los responsos, y compuestos salieron con su atambor ronco y destemplado y empe-

¹ Estos cantares formaban uno de los principales ramos de la educacion que se daba en los templos: aprendianse de memoria y se recitaban en las grandes solemnidades. Así se conservaban las tradiciones históricas, consignándose ademas en las pinturas, como un auxiliar mnemónico.